

Dice, con paladino y absoluto desprecio de las antiguas comedias, que nuestros padres usurparon los laureles que les prodigaron, *deslumbrados, los propios y los extraños*, y que

En un monstruo el poema convirtieron,
Que Menandro y Terencio esclarecieron.

Añade en seguida :

Su loco ardor sin freno, delirante,
Abraza en una pieza el vasto mundo.
Héroe en el primer acto tierno infante,
Te sorprende barbado en el segundo.

¿No es esto traducir aquellos conocidos versos del canto III de la *Poética* de Boileau, dirigidos contra Lope?

Martínez de la Rosa, comprimido también por los preceptos de escuela, no va tan adelante como *Pérez de Camino*. Pero no hay por qué extrañar esta apasionada y estricta adhesión á las leyes convencionales. La crítica libre y filosófica no había triunfado todavía en España. La época era de lucha y de sistema, y nadie podía ni quería entender cómo Shakspeare, Lope de Vega, Calderon, Schiller y Lord Byron eran poetas dramáticos grandes y populares sin *Poética*, y rompiendo á sabiendas el freno de las tres unidades consagradas. ¿Qué habría pensado *Camino* de Goethe, que, con su fecunda y poderosa fantasía,

Abraza en una pieza el vasto mundo?

Si pudiéramos olvidar que el gusto literario es esclavo de la opinión, incierta y móvil de suyo, y que el hombre tarda mucho en comprender y sentir las leyes eternas y absolutas de la belleza, caeríamos fácilmente en la tentación de sorprendernos de que aquello que *Pérez de Camino* y otros tenían por delirio y extravío, parezca ahora elevación y grandeza. Pero la literatura, ya noble y sencilla, ya decadente y viciada, camina con los tiempos, y lleva en sí, como todas las cosas humanas, el sello de la ceguera, de los antojos, de los vaivenes morales, que enflaquecen, ilustran, tuercen ó vigorizan las ideas.

Pérez de Camino, considerado como campeón de su escuela, no merece censura, sino aplauso. Su *Poética*, en octavas, es lo más firme, florido, desembarazado y brioso que salió de su pluma. En esta poesía didáctica, en que la razón tiene mayor parte que el núnen, no le aventaja *Martínez de la Rosa*. Su estilo, aunque desigual, es casi siempre limpio, conciso, rotundo y expresivo, y el continuo estudio de Boileau le inspira alguna vez la entonación viva y axiomática que constituye, á par de la sensatez crítica, el primer encanto del ilustre preceptista francés. Á cada paso se encuentran en este poema hermosas octavas. Sirvan de ejemplo las siguientes, tomadas al azar :

Otro, amigo del canto estrepitoso,
La voz que no retumba, juzga fría,
Y su poema enfático, pomposo,
Hincha de altisonante algarabía.
En golfo de centellas espumoso (1)
Hunde á un pobre amador, y en su manía,
No empieza por pensar, sino que, ciego,
Voces primero busca, y piensa luégo.
.....
Si la poesía imita portentosa,
Colorido á su voz y bulto dando,
Sabe imitar también artificiosa,
El valor del sonido combinando.

¿Quiere cantar la linfa vagorosa?
Como ella se desliza murmurando;
Y si pintar al cefrillo aspira,
Blanda cual él y plácida suspira.
Cuando abriendo las lóbregas mansiones,
Nos presenta de Sisifo el tormento,
Tarda sílaba escoge, tardos sonos,
Y frase de pausado movimiento.
Mas ¡cuál deja las lentas expresiones,
Si, el vigor recobrando, en ella siento
El mar que brama, el águila que zumba,
Y el trueno cuando horrisono retumba!
.....

(1) Ulloa, *La Raquel*.

¿Pides delicia ser de tus lectores?
Con crítico rigor tus obras mira.
El necio, satisfecho en sus errores,
Goza en ellos y extático se admira.

No perdones vigiliás, no sudores;
Vuelve á templar, si discordó, tu lira.
Añade, borra, enmienda, pule, adorna,
Cien veces al ayunque el hierro torna (1).

Sin vivo ardimiento ni grande altura en su inspiración, no faltan, sin embargo, á *Camino* brío y sensibilidad. Cuando pinta el amor, no con las reminiscencias de la poesía pagana, sino con la voz de su propia alma, su poesía es tierna y animada. Se halla el poeta en su natural esfera. Sus ilusiones no son místicas y etéreas como las de los poetas soñadores; pero son verdaderas. Son las ilusiones del hogar sereno y de la ternura doméstica. Harto y escarmentado de los engañosos deleites de la vida pública y cortesana, su mente descansa y se recrea con la imagen del amor sincero, y exclama conmovido :

Sin su celeste llama, ¿qué es la vida?

El recuerdo de la patria, en las amarguras de la emigración, le inspira acentos poéticos, pero de índole varia y contradictoria como los sentimientos que abriga su corazón. Unas veces, cuando se presenta á su imaginación el risueño cuadro de su juventud halagada por la fortuna y animada por los afectos de la familia, España es el ídolo de sus recuerdos y de sus ilusiones. Entónces escribe :

Volvedme al suelo querido,
Que la crueldad me cierra;
Vea yo la santa tierra
Do mi niñez ha crecido.

Del paterno Manzanares
Dulces vegas, dulces prados,
¿Cuándo me darán los hados
Que consoleis mis pesares?

Otras veces, exaltado por los sinsabores de la emigración y por la pasión de las ideas liberales, apostrofa duramente á su patria, que juzga vilipendiada cuando no reinan en ella la justicia y la libertad bien entendida. La entrada en España de las huestes francesas, en 1823, al mando del duque de Angulema, puso el colmo á su despecho. Ora se burla del ejército francés por el pobre triunfo del Trocadero, ora anatematiza al trono despótico, ora, en fin, vuelve sus dardos contra la nación misma, á la cual mira entónces con desdeñosa compasión :

La barbarie cubre á España,
Y á sus tristes moradores
La gloria niega sus lauros,
La prosperidad sus dones.
Desmembrada, envilecida,
Débil, humillada, pobre,

Volcan de intestinos odios
Y de acerbos disensiones.
Lánguida la patria mía
Perece, y en sus dolores,
Sólo guarda la memoria
De sus pasados blasones....

Tanto mal es obra vuestra, dice en seguida á los franceses, como amedrentado de haber escarnecido sin razón á su patria. Para él no había civilización donde no reinaba la libertad tal como en sus bien intencionadas ilusiones la entendía. Pero es la verdad que España, por él aplaudida ó vituperada al azar de las impresiones del infortunio, era el sueño incesante de *Pérez de Camino*. Sin volver á su patria no podía ser feliz. Se columbra en sus versos que una voz secreta decía al infeliz emigrado que no volvería á pisar la amada tierra, ni sus restos mortales descansarían en ella.

Don José Somoza, escritor muy digno de nota porque no hay en sus obras asomo alguno de afectación, pertenece á la escuela de Salamanca. Su instinto lo preservó del amaneramiento común á varios escritores de esta escuela. Fué una de las almas independientes que más se

(1) Ésta es una de las muchas imitaciones de Boileau :

*Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage,
Polissez-le sans cesse, et le repolissez :
Ajoutez quelquefois, et souvent effacez.*

(*L'Art poétique*, canto 1.)

La idea es la misma, pero es forzoso confesar que en esta ocasión el imitador español aventaja grandemente en el desembarazo y en la gracia de la expresión al célebre modelo.

templaron y enardecieron con las ideas filosóficas francesas del siglo último, y que, rezago de los enciclopedistas, que iban desapareciendo á toda prisa, y semejante á otros muchos hombres notables de la obstinada estirpe liberal del año 1812, cifraba una especie de vanagloria en la inmovilidad de sus doctrinas. Los años, las lecciones del tiempo y los progresos de las ciencias políticas no quebrantaron la tenacidad de sus ideas, que en parte no escasa eran verdaderas preocupaciones. Incrédulo por moda y por costumbre, á veces hacia alarde de romper con los principios y los sentimientos comunes de la sociedad española, y en sus obras asoma, de cuando en cuando, esta mal encaminada tendencia. Pero no tenía su ánimo el arranque avieso y borrascoso que habían manifestado *Marchena* y *Blanco* en la generacion precedente. Ardiente de cabeza y manso de corazon, presentaba de continuo ese contraste moral, frecuente entre nosotros, que esteriliza, cuando no extravía, los impulsos de una índole sana y elevada. Toda su vehemencia de innovador y de escéptico viene al cabo á reducirse, en sus escritos, á un desahogo agudo y patriótico de su vena *humorística*. Era hombre de afectos vivos y constantes, y blasonaba de ellos con justo motivo (1). Pasó la mayor parte de su vida retirado en su casa de Piedrahita, dedicado á fomentar sus tierras y sus ganados. Era poco aficionado á entrar en la esfera de accion política á que hubieran podido llevarle más de lleno sus luces y sus principales tendencias. Sus diatribas y sus arranques no son los embates de una pugna tenaz y sistemática; son el homenaje involuntario que se rinde á doctrinas seductoras, á par que el lujo y el recreo de un entendimiento claro y activo.

Algunas de sus composiciones tienen el color y el limpio lenguaje de los mejores tiempos de la poesía castellana. Es excelente hablista, poeta espontáneo y original, y la más justa alabanza que puede tributársele es que sus versos se distinguen más por la simpática sencillez de los buenos tiempos, que por los estudiados esmeros de los más de los poetas de su época. Sus breves cuadros de costumbres, y sus relaciones en prosa, forman parte de esa literatura, que por lo llana y natural parece fácil y al alcance de todo el mundo. Así son algunas relaciones de *Toepffer*, de *Federica Bremer*, de *Fernan Caballero*. Los que intentan imitarlas comprenden en breve la *difícil facilidad* que hay en encerrar en tan sencillos cuadros tanta verdad, tan dulce estilo, tan delicado é íntimo sentido. Tradujo *Somoza*, en verso, *La Hecyra*, de *Terencio*, y *El Temístocles*, de *Metastasio*.

Cercanos ya al término de esta dilatada reseña de poetas líricos, justo es salvar del olvido los nombres de dos distinguidos escritores, nacidos en el siglo XVIII y discípulos ambos de la efímera escuela sevillana, creada á fines de aquel siglo: *don Jacobo Vicente Navarro* y *don Félix María Hidalgo*.

Fácilmente se trasluce en las obras de *Navarro* que, si bien discípulo de *Reinoso*, de *Blanco* y de *Lista*, insignes maestros de dicha escuela, estudiaba con predileccion á los poetas de la escuela salmantina, y que *Cadalso* y *Melendez* eran sus principales dechados. Escaso de imaginacion, y por consiguiente de originalidad, sin vigor en los pensamientos, ni propiedad en el lenguaje, *Navarro* sólo se distingue por cierta entonacion simpática, que hace leer con gusto una parte de sus poesías, y olvidar á veces la falta de las prendas esenciales de los verdaderos poetas. Era tan dado á escribir sonetos, como poco feliz en esta difícil tarea. Y ¿cómo había de serlo si faltaban á su númen sobriedad y fuerza, que son cabalmente las cualidades principales que requiere el soneto?

Olvidadas estan las poesías de *Hidalgo*, discípulo, amigo y sucesor, en la cátedra de literatura de Sevilla, de los esclarecidos *Reinoso* y *Lista*. Poco más conocemos de este aventajado escritor que sus odas patrióticas contra la invasion de *Napoleon*, una de ellas premiada en Sevilla, en aquellos tiempos de entusiasmo nacional. No es dable negar que hay en ellas noble entonacion y arranque patriótico; pero no es de extrañar que á nosotros, los que hoy,

(1) Así dedicó á *Quintana* un tomo de sus obras: Dedicó á *V.* este libro para darme honor á mí, y para

dársele á *V.*, haciendo saber al público que dos autores y poetas han sido amigos sinceros y sin interrupcion desde la juventud á la vejez. (1842.)

pasado más de medio siglo, consideramos la batalla de *Bailén* con la admiracion serena que inspira un gran suceso histórico, nos parezca harto hiperbólica aquella excesiva vehemencia de expresion, que hubo de resonar como un eco natural y simpático en las almas enardecidas de los españoles de 1808. La obra más estimable de *Hidalgo* es sin duda su celebrada version en verso de *Las Bucólicas de Virgilio*, ilustrada con notas eruditas y atinadas observaciones; version no servil, pero fiel (1), que mereció alabanzas de insignes escritores, entre ellos *don Juan Gualberto Gonzalez*, el cual, con más fidelidad y ménos gala, desempeñó igualmente la difícil tarea de traducir las admirables églogas de *Virgilio*.

Con mayor razon todavía debemos consignar aquí el famoso nombre de *Don Bartolomé José Gallardo*. Hacia versos, como *Búrgos*, como los hacen todos aquellos que llegan á familiarizarse con las letras amenas y con las circunstancias rítmicas del idioma. Fué filólogo arrojado y antojadizo, y bibliógrafo consumado. Como crítico se resiente de gusto apocado y no muy puro, y del afan de ostentar agudeza y erudicion, olvidando el verdadero exámen estético. El deseo de imitar el lenguaje poético de los escritores de principios del siglo XVII aumenta el carácter artificial de sus poesías. Pero no puede negarse que acierta algunas veces con algo que remeda de un modo agradable el suelto y fácil decir de los antiguos poetas castellanos.

Sólo nos resta hablar, porque ningun otro nombre notable viene á nuestra memoria, del insigne escritor *don Eugenio de Tapia*. Fué uno de los hombres más laboriosos y estimables de su tiempo. La jurisprudencia, la historia, la instruccion pública y la poesía ocuparon alternativa, y á veces simultáneamente, su larga y provechosa vida. Logró, por su instruccion, su talento y sus nobles prendas de carácter, granjearse el aprecio de todos los hombres distinguidos de su tiempo. Entre otros, *Quintana*, *Martinez de la Rosa* y *don Juan Nicasio Gallego* le profesaron siempre acendrada amistad. En union con el último, tradujo algunas obras de amena literatura. Su obra principal, la *Historia de la civilizacion española*, con ser un libro cuerda y ordenadamente concebido, y con sobriedad y elegancia escrito, no pasa de una reseña somera é incompleta de acontecimientos históricos, sin el suficiente exámen y lógico estudio de las causas íntimas y trascendentales que constituyen la esencia de la vida intelectual, religiosa, social, artística y guerrera de España; de los elementos, en fin, siempre activos y entre sí encadenados, de su grandeza y de su decaimiento.

Las obras dramáticas, las novelas y las poesías de *Tapia* no denotan inspiracion ardiente y poderosa, pero sí imaginacion fácil y amena, buen gusto y sano espíritu. Como claro y correcto hablista, su mérito es incontestable, y la Academia Española, abriéndole sus puertas, procedió con tino y con justicia. La opinion no tasó acaso tan alto como merecia el valor de las obras poéticas de *Tapia*. El público, oyendo sonar continuamente el nombre de *Tapia* unido al *Febrero novísimo*, á la *Práctica forense*, á la *Jurisprudencia mercantil* y á otros libros de índole útil y prosáica, miró aquellas obras como pasatiempo sin entidad en un hombre consagrado á tan graves y áridas tareas. La fama del jurisconsulto dañó esta vez á la gloria del poeta.

No debemos dar por terminado el cuadro histórico de la poesía castellana del siglo XVIII, sin recordar que las damas, con su dulce y civilizadora influencia, y no pocas veces con su ejemplo, alentaron las artes y las letras, contribuyendo así al desarrollo de estas fuerzas de la cultura humana.

(1) *Hidalgo* desconocia, sin embargo, la obligacion que impone la verdad histórica al que se atreve á traducir los libros de la antigüedad pagana, de reproducir sinceramente las costumbres, buenas ó malas, las preocupaciones y todas las ideas, por repugnantes que sean, que se hallan retratadas en aquellos libros. Movidó por escrúpulos religio-

sos, laudables en sí mismos, sustituyó la persona de *Aléxis*, en la égloga segunda, con la de una pastora, evitando así el horror que inspiran aquellos monstruosos amores. De este modo empieza la égloga traducida:

Se abrasaba en amor por *Galatea*
El pastor *Coridon*,...

Ya vimos, al hablar de la *Academia del Buen Gusto*, con cuán fervorosa afición fomentaron la poesía y la crítica literaria, en el reinado de Fernando VI, la Condesa de Lémos, la Duquesa de Arcos y otras señoras de la alta nobleza. En el mismo reinado escribía poesías, notables para la época, una jóven que más adelante, en 1789, publicó una parte de sus obras, escondiendo su nombre con el dictado de *Una dama de esta corte*. Tradujo, dentro todavía de aquel reinado, tres tragedias francesas, entre ellas, con bastante propiedad y desembarazo, la *Andrómaca*, de Racine. Prendado don Agustín de Montiano y Lujando del entendimiento y buen gusto de la interesante escritora, hizo leves correcciones de estilo en su traducción de la *Andrómaca*, y le escribió una carta lisonjera, que se ha conservado (1). Sectaria de la nueva escuela reformadora, esta señora no escribe en estilo conceptuoso, lo cual no es ya de suyo escaso mérito para la primera mitad del siglo XVIII. Su estilo es desigual, amanerado y no siempre correcto, pero no le faltan ni desembarazo, ni lozanía. Los doctos de su tiempo la admiraban y aplaudían, y recordaban para ensalzarla á la poetisa *Cristobalina*, celebrada en sus versos por Lope de Vega. Pero su fama, encerrada en el gabinete de los literatos, no llegó á hacerse popular. Hoy día ignoramos su nombre, aunque conocemos sus iniciales (M. H.).

Más adelante, ya en la era de Carlos III, creció y se propagó entre las damas la afición al cultivo de la pintura y de las letras graves ó amenas. La Duquesa de Huéscar fué nombrada por aclamación, en vista de sus obras, académica de honor y directora honoraria de la pintura en la *Academia de las tres nobles artes*, con voz, voto y asiento preeminente en ambas clases, y con opción á todos los empleos académicos (1766). La Marquesa de Estepa pintaba con gracia y soltura, y la Academia de San Fernando se honró admitiéndola en su seno (1775), como lo hizo asimismo con doña Mariana Waldstein, marquesa de Santa Cruz (1782), y con otras ilustres damas, gentiles cultivadoras de las artes (2). A las letras se dedicaban con igual afición. La señora aragonesa doña Josefa Amar y Borbon mereció universal aplauso traduciendo gallardamente la voluminosa obra del abate Lampillas. La Marquesa de Espeja tradujo del italiano la *Filosofía moral*, de Zanotti. La Condesa-Duquesa de Benavente leía discursos en la Sociedad Económica Matritense (1786). Carlos III, después de empeñadas polémicas, en las cuales tomó parte el ilustradísimo Floridablanca, había hecho entrar á las mujeres, como elemento civilizador, en las Sociedades Económicas recién creadas. Este espíritu de respeto á la inteligencia de las mujeres despertó en no pocas el entusiasmo literario. Merece citarse entre ellas, aunque no sea más que como curiosidad de historia literaria, doña Isidra de Guzman y Lacerda, hija de los condes de Oñate. Esta señorita, poseída de la pasión del saber, se consagró con tan buen éxito al estudio de las letras y de la filosofía, que llamó la atención general. El rey Carlos III, movido siempre por el grande impulso que lo animaba, y juzgando acertado dar todo el realce posible á este ejemplo de laboriosidad literaria, recomendó la ilustre y aventajada jóven á la universidad de Alcalá, y dispensando al propio tiempo para aquel caso cualquier estatuto que lo estorbaba, la señorita de Guzman recibió en la universidad, con ceremonias muy honoríficas, los grados de maestra y doctora en filosofía y letras humanas, siendo además nombrada catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpétua en la facultad de artes (1785). Distinción

(1) Esta carta fué escrita en Madrid, el 16 de Mayo de 1759.

Hé aquí el principal de sus párrafos:

Repito, señora, que estas correcciones no son sustanciales, y que sin ellas merece no corto elogio el acierto con que desempeña la suma dificultad de traducir bien. La lástima es que el genio de la nación ha de echar menos el botón gordo y las frialdades del gracioso. No obstante, si llega á representarse, puede ser que las gustosas lágrimas que ha de costar formen algún partido

que logre introducir este gusto en España.... Yo seguí algún tiempo la opinión de los franceses, pero abracé después la inglesa, aunque con varias moderaciones que he juzgado convenir á la verosimilitud y á no perder la ilusión teatral.

Es en verdad curioso ver al sesudo y tímido autor de *Virginia* y de *Ataulfo* acabar por inclinarse, ya en aquellos tiempos, al teatro inglés.

(2) Actas de la Academia de San Fernando,

no ménos grande y desusada había alcanzado ya la señorita de Guzman, entrando en el seno de la Academia Española; honra que jamás se ha tributado á otra mujer alguna (1) (1784). Con motivo de estos singulares acontecimientos literarios, salieron á relucir, en las obras periódicas del tiempo, peregrinas historias de españolas ilustres en las letras, entre ellas, doña Beatriz Galindo; doña Catalina de Aragon, reina de Inglaterra; doña Luisa Sigea; Francisca de Nebrija, que substituyó varias veces á su padre, el gran filólogo, en la cátedra de humanidades de la universidad de Alcalá; tres señoras celebradas por Lope de Vega, doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, doña Ana de Castro Egas y doña Bernarda Ferreira de la Cerda; doña Oliva Sabuco de Nántes, natural de Alcaraz, sobresaliente en filosofía y medicina; la novelesca Ortensia de Castro, natural de Villaviciosa, que disfrazada de estudiante, estudió en Coimbra en compañía de dos hermanos, y Juliana Morell, natural de Barcelona, que en Aviñon fué graduada de doctora en leyes, en el palacio del Gobernador (2).

La fama pasajera de la señorita de Guzman tuvo eco en las naciones extranjeras. El *Journal encyclopédique de Bouillon* (1785) hizo encarecidos elogios de esta señorita, «que poseía los idiomas griego, latín, francés é italiano»; y en todas partes fué aplaudida la intención de Carlos III, que quiso hacer resaltar las prendas extraordinarias de aquella interesante doncella, fomentando así la educación intelectual de las españolas.

Por ser todavía aquella época, á pesar de los deseos de Carlos III, poco favorable al progreso literario de las damas que se educaban fuera de la corte ó de los claustros, no podemos ménos de hacer mención de la ilustre gaditana doña María de Hore. Resplandecía tanto por su peregrina hermosura, por su instrucción, por su clarísimo ingenio y por la elegante ostentación que desplegaba en su persona y casa, que la llamaban en Cádiz la *Hija del Sol*. Cansada de los aplausos mundanos, que había disfrutado tan colmados, á los treinta y cinco años se retiró á un monasterio con permiso de su esposo; siendo en la Iglesia occidental, según afirma un escritor, el único ejemplo de casada y monja profesada á un mismo tiempo.

Las pocas poesías que se han conservado de esta mujer singular, á la cual ha consagrado nuestra ilustre amiga Fernán Caballero una de sus leyendas fantásticas, no merecen salvarse del olvido, á no ser como testimonio honroso de su gentil entendimiento, que en tiempos más felices para las letras habría producido acaso brillantes y sabrosos frutos. Son estas poesías por demas candorosas é insulsas, y si algo hay digno de notarse en ellas, es que, escribiendo doña María de Hore cuando todavía reinaba el contagio del mal gusto, su estilo es claro y natural, con muy pocos resabios de retruécano y de alambicamiento.

Justo es también, por el propio motivo ántes alegado, recordar á doña María Helguero, monja de las Huelgas de Búrgos. No le faltaban ni instrucción ni ingenio. Como muchos poetas de su tiempo, se burla del estilo conceptuoso, pero algunas veces se deja llevar involuntariamente de la funesta magia tradicional de aquel estilo; otras escribe con llaneza extremada y en tono popular, y entónces es cuando sus versos, sin llegar nunca á la elevación de la verdadera poesía, adquieren cierta facilidad y cierto agrado. Para sus poesías sagradas, y especialmente las relativas á la *Pasión*, suele escoger metros poco adecuados; pero el desembarazo y la sencillez vulgar que el metro mismo inspira, no quitan á los versos el fervor sincero que estaba en el alma de la poetisa. Sirvan de ejemplo estas seguidillas:

El tímido Pilátos,
Por libertarte,
A la pena de esclavos
Quiere entregarte.

¡Piedad impla,
Que acrecienta tormentos
Contra tu vida!
Furiosos los verdugos,

(1) Tenemos á la vista la *Oración* pronunciada por esta señorita en la Academia Española, el 28 de Diciembre de 1784. Igualmente tenemos á la vista el discurso que leyó, el 25 de Febrero de 1786,

en la Sociedad de Amigos del País, de Madrid. Ambas obras son notables por la elevación de las miras y la firmeza de la entonación.

(2) *Memorial literario* (Junio de 1785).

Golpes descargan
 En el yunque precioso
 De tus espaldas.
 ¡Gente iracunda,
 Que no le compadece
 Ver tu hermosura!

 El patíbulo abraza,
 Como á descanso;
 Amor en él te fija

Más que los clavos.

 De la cruz adorable
 Bajan la prenda,
 Que ponen en tus brazos,
 Sagrada Reina.
 ¡Oh triste Madre!
 ¿Habrá dolor que al tuyo
 Pueda igualarse?

Esta mezcla de naturalidad y de *concepto*, tan acomodada á la índole peculiar del gusto popular de los españoles, hizo simpáticas las poesías de esta señora, á pesar de su escaso mérito. Tenía más sensibilidad que fantasía. La noticia de la horrorosa muerte de Luis XVI y de María Antonieta llega á sus oídos como el colmo del escándalo y de la depravacion. Se conmueve su alma, y escarnece en sus versos á los verdugos de aquellos regios mártires; pero no hay en sus imprecaciones un solo rasgo de esos que denotan un númen apasionado y vigoroso (1).

Mucho más que las escritoras que acabamos de citar, vale como poetisa *doña María Rosa Galvez*, vehemente amiga y admiradora de *Quintana*. Cultivó la poesía dramática, á fines del siglo último y principios del presente, con mayor éxito y afición que la lírica. A falta de inspiracion fecunda y elevada, tienen sus poesías noble desembarazo y cierta firmeza de entonacion, poco comun en los versos de las poetisas. Su oda *Al combate de Trafalgar* fué muy celebrada. Ahora parece lánguida y palabarrera. Describe y no canta. Le faltaba númen lírico para tan grande asunto.

Aquí ponemos término á la ingrata y prolija tarea de conmemorar y juzgar, aunque tan rápidamente cuanto nos ha sido posible, los poetas líricos castellanos de un siglo que fué para España de decadencia, de transicion, de profundo cambio moral y literario; de un siglo inquieto, investigador y no creador; de un siglo que enflaquece la fe, que amengua el carácter nacional antiguo, y no parece sino la preparacion de otro siglo; de un siglo, en fin, sin ideas propias, sin doctrinas definitivas, sin energía moral, sin entusiasmo y sin poesía. Los austeros pensadores del siglo XVIII, que, como *Forner*, no se pagaban de quiméricas ilusiones, no pintan su época con risueños colores. Así decia *Forner*:

Estamos en un siglo de superficialidad. Oigo llamarle por todas partes siglo de la razon, siglo de luces, siglo ilustrado, siglo de la filosofía. Yo le llamaria mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatan, siglo ostentador.

Forner tiene razon; y sin embargo, en aquella conmocion general, que introducía en la sociedad humana el malestar de la incertidumbre y de la duda, y que, sin darles un nuevo asiento, sacaba de su asiento antiguo á los estados europeos, se escondian nuevas fuerzas, nuevas verdades, y á su lado grandes errores y violentos desvaríos, que ofrecian en discorde conjunto un confuso porvenir de esperanzas y de amenazas. Por lo mismo, el siglo XVIII, tal como fué, tal como lo hicieron las leyes providenciales de la historia, es digno de profundo estudio en todas sus manifestaciones morales, políticas y literarias. Con respecto al sentimiento de lo bello en las letras amenas, que es el punto de vista peculiar del presente estudio, poco lisonjero es el juicio absoluto que puede formarse relativamente á la España del

(1) Se publicaron las poesías de esta religiosa en 1794.

siglo XVIII. Cuando la fe, unida al sentimiento nacional, decae, decae la inspiracion. La duda y el análisis, que son las fuerzas morales del siglo último, pueden producir la poesía reflexiva, ó ingeniosa ó esmerada, del que estudia y medita; no la poesía, arrebatada, tierna ó mística, del que se entusiasma, del que siente, del que cree. La fantasía y el corazón, fuentes de la poesía verdadera, pierden su vigor en aquellas menguadas horas en que las naciones, buscando ávidamente lo desconocido, arrojan el tesoro de las tradiciones y de las creencias que constituían su vitalidad y su gloria. Como quiera que sea, hay tanta enseñanza histórica en los periodos de decadencia y transicion como en las épocas de florecimiento y de grandeza.

La crítica extranjera dominaba en el siglo XVIII las letras españolas, porque éstas habian perdido su propia virtud, pura y genuina. La poesía, apocada y humilde, se contentaba por lo comun con gimnasia de ingenio, ó con la observancia de formas aprendidas, porque la nación no tenía, como en otro tiempo, íntimos impulsos y grandes sentimientos que despertasen su entusiasmo. Destellos, y nada más que destellos del verdadero espíritu español hay en los versos de *don Nicolas Fernandez de Moratin*, de *Iglesias*, de *fray Diego Gonzalez* y de algun otro. En las tendencias elegantes, primorosas ó filosóficas de *Melendez*, de *Jovellanos*, de *Cienfuegos*, de *Moratin* (Leandro), de *Iriarte*, de *Gallego*, de *Lista* y de los demas poetas imitadores de aquel tiempo, trasciende más el espíritu europeo que el sabor privativo de la tierra española. Hasta que *Quintana* siente enardecida su alma por el entusiasmo sincero de la patria, no produce el siglo XVIII un poeta lírico verdaderamente nacional. Los demas famosos escritores de la segunda mitad del siglo, si no eran cantores de la patria, eran poetas de la civilizacion. Su idioma, que ya no era del todo el habla abundante y purísima de los *Lopes*, de los *Cervantes* y de los *Granadas*, es, aunque todavía más degenerado en nuestro tiempo, el idioma que nosotros hablamos. Su espíritu, igualmente amenguado, tambien vive en nosotros todavía. Respetemos el entendimiento superior de aquellos insignes varones, y sus esclarecidos nombres. La herencia que nos han dejado es todavía grande y gloriosa, si se considera el estado de las letras castellanas en el primer tercio del mismo siglo. Asombroso es el camino que corrieron el buen gusto y la sensatez literaria desde la ilustre fecha del *Diario de los literatos*. Para no hacer extremado el contraste, citando autores extravagantes, nos contentaremos con recordar que en pocos años se pasó de *Gerardo Lobo* á *Melendez*, de *Feijóo* á *Jovellanos*, y de *Cañizares* á *Moratin*.